

Sexualidad y Religión

El mundo parecería estar psíquicamente castrado. El materialismo le ha cercenado sus energías vitales superiores en lo religioso y en lo sexual. Lo ha transformado en un inmenso Kindergarten de hombres y mujeres aparentemente adultos, pero con mentalidad infantil, justamente en los problemas más importantes. Para ellos la religión pasa a ser problema de pecado e infierno. La sexualidad, reducida a lo genital, se transforma en una maquinita, cada vez más barata, de producir excitación y placer.

Con todo, no se puede falsificar a los dos dinamismos más vitales sin que la existencia humana se resienta. Los resultados están a la vista. Uno de ellos, perniciosísimo, es la antinomia que se ha ido creando entre sexualidad y religión. Detrás de conocidas obras teatrales y cinematográficas, subyace una idea fija: la religión está contra el sexo, el sexo contra la religión. Y este prejuicio, dado el nivel de educación religiosa y sexual de nuestro pueblo, encuentra amplio eco en todas las capas sociales y culturales.

La realidad es otra. Entre religión y sexualidad hay mutuo condicionamiento y mutua exigencia. Sin una verdadera realización de los dinamismos superiores de la sexualidad, lo religioso —que no debe ser confundido con meras prácticas piadosas o con devoción de beatas— queda trunco y atrofiado. Y sin una religiosidad espiritual y plena, la sexualidad no puede llegar a su plena evolución.

Cuando hablamos de sexualidad nos referimos a todo el conjunto de características dimórficas y complementarias que establecen la diferencia en-

tre hombre y mujer. Estas características se apoderan de toda la realidad humana, desde el mismo núcleo celular hasta el psiquismo y el espíritu. Reducir la sexualidad a lo genital es uno de los signos infalibles de infantilismo, lo mismo que el reducir la impotencia sexual a la realización del acto genital, ignorando la existencia de otra más profunda y peligrosa, la del incapaz de expresar su ser-sexuado en los planos superiores de la persona.

POR LA RELIGION A LA MADUREZ SEXUAL

Ser-sexuado es encarnar lo personal. Es hacer participar al cuerpo y a toda la existencia de esa energía ilimitada que nos proyecta hacia la comunicación con otras personas y hacia la generación. Por ella rompemos la brutal soledad y los pequeños límites de las situaciones corporizadas —siempre vueltas sobre sí mismas— y realizamos una existencia sin límites mediante la incorporación de los otros en nuestra vida.

En esta perspectiva, todo lo personificante es sexualizante. Lo que posibilita a la persona la realización de sus exigencias de plenitud y absolutez, posibilita la realización de la sexualidad en sus dinamismos superiores.

Ahora bien, la religión es, precisamente, lo que permite al hombre realizarse de acuerdo a esas exigencias de su ser personal. Por ella entra en comunicación con lo Infinito y Absoluto, con lo divino, y con Dios, y puede así proyectarse a una existencia sellada por la Infinitud y la Ab-

solutez. El cristiano participa de la misma naturaleza divina —lo que se denomina elevación al plano sobrenatural—, es decir, participa del amor creativo de Dios y entra en comunicación existencial con las Personas Divinas.

Superior al mundo, hecho libre y dominador de sus tendencias inferiores, el hombre divinizado encuentra en sí mismo la suprema dignidad de lo personal. Intuye su sexualidad como la obra genial de la cual recibe el misterio y la responsabilidad de la vida.

La religión ha bautizado al cuerpo humano en totalidad, lo ha hecho serio, digno de respeto. Lo ha descosificado. El cuerpo femenino cesa de ser un objeto sexual. El hombre, en su potencia genital, encuentra una energía creativa y no una tensión esclavizante. Para un materialista, el acto sexual será una pura acción placentera y distensionante, realizada en el subibaja biológico de la tensión-distensión. Para el cristiano, en cambio, es algo sublime; es la unión de dos personas que, por su amor generoso, representa la unión de Dios con el hombre, de Cristo con su Iglesia.

Y digamos de paso que el ver en los órganos genitales algo feo, sucio, malo o pecaminoso, y en el acto sexual del matrimonio un "pecado necesario", es expresión de una mentalidad que nada tiene de cristiana y mucho de maniquea y tonta. Lo mismo digamos de esas virginidades puramente biológicas, "himenales", valoradas por una sociedad formalista y aptas sólo para evitar problemas la noche de bodas...

Esto nos explica por qué el cristianismo es exigente en el uso del potencial genital, reservándolo para el estado matrimonial, y cataloga, como pecado grave, el uso indebido, consciente y voluntariamente aceptado. No es sino el signo de la tremenda valoración y estima de lo sexual. El famosísimo sexto mandamiento, tan desvitalizado y falsificado, es la mejor prueba de la dignificación y gigantesca carga vital que atribuye al hombre como ser sexuado. Expresado en una terminología moderna, diría así: "Trata lo más genial de tu corporeidad como merece una obra genial. Obra como persona respecto a tu sexualidad, y no como un niño". Todo pecado sexual, para el cristiano evolucionado, posee una característica especial, de la cual poco se habla y que considero importantísima: la de ser una suprema tontería. Sería como utilizar un Rembrandt para lustrarse los zapatos...

POR LA SEXUALIDAD A LA PLENITUD RELIGIOSA

La sexualidad, a su vez, entra como factor enriquecedor de la religión. No existe una religión asexual. Y el Cristianismo, religión de la Encarnación y del Amor, asume totalmente el mundo de lo sexual.

Las dos tensiones fundamentales de la sexuali-

dad, como exigencias de plenitud, son las propias de un mensaje que, en palabras de Cristo, implican esencialmente un camino de vida: **comunicación y generación**. En dos palabras, amor personal. Con lo cual no se afirma que la religión realmente espiritual sea una sublimación de lo sexual en sentido freudiano, ni que estemos con las afirmaciones de Jung. La razón es mucho más profunda.

Religión y sexualidad son las dos exigencias esenciales del ser personal del hombre. Ser persona significa poseer una energía siempre en tensión hacia lo infinito, insatisfecha de una vida encerrada en las estrechas barreras de la corporeidad, que busca la unión con los otros y la donación de sí. La persona logra, en lo religioso, su aspiración fundamental hacia la trascendencia, y proyecta en su vida humana, mediante la sexualidad, la enorme riqueza vital obtenida por el contacto con lo Divino.

No existe un amor racional a Dios. Amor sin encarnación es pura abstracción, esqueleto para museo. Y en el caso del hombre, la encarnación del amor debe realizarse en virtud de su sexualización, que no se reduce, lo repetimos, a la genitalidad.

Esto explica el papel que juega la sexualidad en el cristianismo. Ya en el Antiguo Testamento, el profeta Oseas comparó la unión de Dios y su pueblo elegido con la unión matrimonial. Cuando Israel se deja seducir por otras divinidades, se ha prostituido, en lenguaje profético. Los místicos canonizados por la Iglesia, tan poco sospechosos de "carnalidad", hablan de **unión matrimonial** y **desposorio místico** para expresar el sumo grado unión. La misma Iglesia se presenta como la inmaculada Esposa de Cristo.

En resumen, religión y sexualidad son dos modos de la **Vida** en su máxima expresión. No son algo dado, como lo instintivo. Constituyen la tarea humana más difícil de realizar, a través de la integración de los dinamismos inferiores. Llegadas a la adultez, ambas tienen el mismo lenguaje y la misma actitud, la del amor personal proyectado a la comunicación existencial con los otros y a la generación.

La religión no desexualiza a quienes han elegido el camino del celibato. No los castra existencialmente. Por el contrario, los capacita para que su tendencia a la comunicación y a la generación se verifique de modo especial en un plano superior y en un **horizonte de máxima libertad**. Virginidad sin maternidad, o celibato sin paternidad espiritual, no son cristianos, sino pretextos para solterones egoístas con mentalidad pagana o de temor al compromiso. Los únicos prototipos católicos son Cristo, el hombre viril por excelencia, y María, la mujer perfecta que sintetiza la virginidad más pura con la maternidad más amplia y profunda.

Ricardo Delfino, S. J.